

La Voz de Valdepeñas

SEMANARIO CATÓLICO

DIRECTOR, DON EUSEBIO YASCO

SE PUBLICA LOS SÁBADOS

Año IV.

Núm. suelto 5 cént.
25 núms. 75 cént.

Valdepeñas 5 de Agosto de 1893

Trimestre 1 peseta
Un año 4 pesetas

Núm. 189.

¡LAS FIESTAS! ¡LAS FIESTAS!

¡Las fiestas! ¡Las fiestas! Este es el grito de los católicos en Italia, en Bélgica, en Francia y también por suerte en nuestra España. ¡Las fiestas! ¡La observancia de las fiestas! Diríase que por instinto se ha visto en esta sola palabra todo un programa de regeneración social y un preservativo de grandes catástrofes. En la angustiada intranquilidad en que nos hallamos, en presencia de la disolución y de la anarquía que nos rodea, ante el pavoroso abismo al cual nos sentimos sin cesar empujados, una voz misteriosa parece haber hablado á nuestros oídos esta sola palabra: ¡Las fiestas!

Sí, y con muchísima razón.

Porque ¿qué son las fiestas cristianas? Son á la vez un tributo que pagamos á la gloria de Dios y á la dignidad del hombre. A la gloria de Dios, en cuanto son días destinados para su culto; á la dignidad del hombre, en cuanto son días destinados para su descanso.

Y cabalmente los dos grandes males sociales de nuestra época son de una parte el desconocimiento de la gloria de Dios, y por otra el desconocimiento de la verdadera dignidad humana!

Nadie apenas observa el día del Señor. Ningun oficio ni profesión ha querido quedarse atrás en ese desprecio universal de la honra divina. El comerciante en grande abre su despacho, embala sus géneros, y hace sus envíos en domingo como en otro día cualquiera; el tendero lo aguarda con especialidad para medir y cortar más varas de tela; el fabricante obliga á muchos de sus dependientes á asistir al taller hasta el medio día de la fiesta; el labrador cava en él, y siembra, y siega, y trilla sin el menor remordimiento. Hasta la tarde apenas varía la fisonomía de nuestras grandes poblaciones. Por la tarde cesa el trabajo, pero empieza la diversion. ¿Dónde está, pues, el día de Dios? ¿En qué ha venido á parar la fiesta cristiana?

Espantosa es esta profanación pública, pero lo es más por la indiferencia y hasta por la complacencia con que se hacen reos de ella muchos católicos. Son católicos, sí, señor, y pisotean á sangre fría uno de los más severos preceptos del Catolicismo. Diríase que son católicos todos los días menos el domingo, como si para este día santo reservasen sus más escandalosos alardes de impiedad. Son católicos, y se horrorizarán de una blasfemia que salga de los labios de sus depen-

dientes, mientras consienten ú ordenan esotra blasfemia práctica cada domingo.

El descanso del día festivo, tan severamente mandado por la Religión, tiene el fin principal de que se destine por completo á Dios un día de la semana para su glorificación y alabanza. Pero este fin incluye á la vez otro que es de dignidad para el hombre, es decir, el de que se destine un día para el espíritu inmortal, así como los seis restantes están destinados á la materia perecedera. A nadie cabrá duda alguna sobre la importancia del primero de estos dos fines. Dios tenía derecho á exigir un día para sí: lo exigió; es preciso cedérselo. Quien se lo niega, ó desconoce la absoluta soberanía de Dios sobre sus criaturas, ó desconoce el deber que tienen éstas de respetar y obedecer esta soberanía. Por esto el día festivo se llama día del Señor; es día suyo, y nadie puede quitárselo sin hacerse reo de robo sacrilego.

Por lo que toca al segundo, no hablaré yo tan bien dispuestos á algunos de mis lectores. Decirles que la observancia del día festivo es cuestión de gloria para Dios, lo concederán sin dificultad: que sea, empero, también cuestión de dignidad para el hombre, no les parecerá tan conveniente. Voy á demostrárselo.

Observad una cosa. El trabajo humano, moderado y convenientemente distribuido, eleva al hombre, da robustez á su cuerpo y jovialidad á su espíritu; le libra del contagio de los vicios inherentes á la ociosidad; le hace más llevadera y más alegre la vida, le distrae de enojosos pensamientos. De suerte que el trabajo no sólo es indispensable para vivir, sino que lo es más aún para vivir felizmente. Pero si esto sucede con el trabajo moderado y convenientemente distribuido, sucede al revés con el trabajo exagerado y sin interrupción. Si aquel eleva, éste embrutece; si aquel serena el corazón éste lo oprime; si aquel moraliza, éste hace olvidar todos los deberes. Mirad á estos infelices á quienes una ciega codicia hace traspasar las leyes de la moderación en este punto. Sin afectaciones de patria ni de familia, sin acto alguno religioso, sin gozo alguno que endulce su vida, sin expansión y sin alegría, siempre el rostro pegado al terron, ó á la máquina, ó á la herramienta, verdaderas bestias reducidas tan sólo á trabajar y comer, indiferentes á todo lo que no sea ganar algunos reales más; se les ve ásperos en su trato, huraños en su fisonomía, duros si han de mandar, rebeldes si han

de obedecer, materializados, esclavos infelices á quienes solo el color del rostro distingue de los negros que viven en esta miserable condición.

Y si esto tuvo importancia en todo tiempo, ¿cuanto más la tiene en los actuales? Los adelantos de las artes han perfeccionado por una parte el trabajo humano, haciéndolo más fácil y menos pesado; pero por otra le han dado un carácter tan mecánico, por decirlo así, tan poco personal, que el hombre, en una porción de industrias, apenas viene á ser más que una parte integrante de la máquina á la cual está adherido. Hay aquí menos empleo de fuerzas, es verdad, y esto es muy plausible; pero hay también menos empleo de inteligencia, y esto es menos noble. Razón de más para que se interrumpan de vez en cuando tales trabajos y se permita al cuerpo un descanso que dé lugar á las elevadas ocupaciones del espíritu.

Por esta razón los que sacrifican el día festivo en aras de su codicia, obligando á sus trabajadores ó dependientes al trabajo prohibido por la Iglesia, son culpables, no sólo de crimen de lesa honra divina, sino también de crimen de lesa humanidad. No, mil veces no. Al hombre puede pagársele con un jornal convenido el esfuerzo de sus brazos ó el sudor de su frente, pero no puede exigírsele que venda por unos miserables reales la dignidad de su alma y su nobleza de hombre racional. Esta es la explotación del hombre contra la cual debieran clamar todo el día los que se llaman amigos de las clases obreras; esta es la voz que debiera hacerse oír en todos los tonos á los amos de tiendas y talleres; esta es la que debiera ser base y fundamento de una Internacional católica que pudiese coto á tan negra tiranía. No es lícito explotar de este modo al pobre, ultrajando al mismo tiempo á Dios. El día festivo debe ser inviolable.

He soltado una palabra atrevida que habrá escandalizado tal vez á algunos espíritus apocados. He hablado de Internacional católica, y no vacilo en repetir la expresión. Nada tiene que ver esta Internacional, lector amantísimo, con la demagogia negra ó blanca que á todas horas nos echan en cara cierta clase de periódicos. Para alcanzar en gran parte la observancia debida de los días festivos, la Internacional católica que imagino yo sería la cosa más inofensiva y más legal, y más pacífica y más cristiana, y al mismo tiempo... te lo aseguro de veras, la más eficaz.

Nadie se asuste. El maldito petróleo no entrará poco ni mucho en mi rece-

ta. El Catolicismo no recomienda tales ingredientes.

Podríase formar para esto, y se ha formado ya en algunos puntos, una federación ó liga de católicos, decididos á practicar y hacer practicar la observancia del descanso dominical.

He dicho practicar y hacer practicar; y ahora cambio un poco esta última expresión, que aún me parece poco fuerte, y digo, *practicar y obligar á practicar*.

Lo primero es fácil. ¿Qué razón principal detiene á nuestros católicos (tenderos y comerciantes sobre todo) para que no cierren en el domingo sus establecimientos? Claro está. La de que si es uno solo ó son muy pocos los que descansan, estos van á quedar lamentablemente perjudicados en sus intereses, pues mientras ellos cumplirán la ley de Dios, harán su buen agosto los otros menos escrupulosos. No es gran razón esta razón de codicia, pero pasémosla por poderosa. Reúnanse, pues, los que sean de una misma profesión, avénganse á descansar todos el día festivo, impónganse á sí propios una buena multa en caso de infracción y queda arreglado el asunto, sin perjuicio de los intereses de Dios y de la moral, y con no poca complacencia de los mismos amos y dependientes, á quienes no ha de pesar de fijo eso de poder contar de vez en cuando con un día libre, enteramente libre de la cadena del despacho y del mostrador. Sería esta una ganga para todos. ¿Es una verdad ó no?

Si esto es muy llano, no lo parecerá tanto lo segundo. No obstante, para mí lo es más que lo primero, y á esto doy con más propiedad el nombre de *Internacional católica*, destinada á obligar á que se guarde el día festivo.

—¿Cómo?

—Copiando para el bien los procedimientos que la otra Internacional aplica para sus diabólicos fines.

—Pero esto es maquiavélico. El fin no justifica los medios.

—Cierto, cuando los medios necesitan quien los justifique. Pero los medios que yo voy á proponer no son malos en sí, por más que para malos fines los emplee la secta antisocial y atea. El procedimiento que voy á recomendar es como la espada, arma mala en manos de un asesino, arma noble y legítima en manos de un defensor de la Religión y de la patria.

—Pues bien; sacadme de dudas, ¿cual es?

—Pues bien; sabedlo, y no os escandaliceis: es la *huelga*.

—Explicaos, explicaos, por Dios, que